

ACTO DE ENTREGA DE BECAS INTERNACIONALES UNIVERSIDAD DE SALAMANCA- BANCO SANTANDER

Quizá conozcan ustedes la historia del descubrimiento de las pinturas de la cueva de Altamira. Resumidamente, sería algo así: un erudito cántabro, Marcelino Saiz de Sautuola, visitando en 1878 la Exposición Universal de París, se interesó por una muestra de objetos cotidianos de la época prehistórica. A su regreso a Santander, se dedicó de forma sistemática a buscar indicios semejantes en cuevas de la región. Un agricultor le informó de una cueva que había descubierto un año antes. Visitando la cueva y buscando por el suelo objetos que probasen que había sido habitada, oyó la voz de su hija María, de ocho años, diciendo: "*¡Mira, papá! ¡Bueyes pintados!*". Más tarde él explicaba que iba tan centrado en lo que iba buscando que en ningún momento levantó la mirada del suelo.

Lección primera: Sólo quienes son capaces de mirar lo que otros pasan por alto hacen descubrimientos interesantes.

Nunca antes se habían descubierto pinturas prehistóricas, de modo que la resistencia a reconocer la autenticidad de las de Altamira fue muy encarnizada, tanto que los debates duraron incluso más allá de la muerte de Saiz de Sautuola.

Lección segunda: Los avances en la ciencia y en la sociedad suelen generar, a menudo, una fuerte oposición.

Pese a todas las críticas e incluso acusaciones de falsificación, Marcelino Saiz de Sautuola defendió sin descanso la autenticidad de su descubrimiento. El posterior hallazgo de otras pinturas prehistóricas, y más tarde los sistemas científicos de análisis, demostraron sin atisbo de duda la honestidad intelectual de don Marcelino, que acabó siendo reconocido en la historia con el mérito debido.

Lección tercera: la persistencia suele dar sus frutos y, si no siempre nos garantiza la consecución de un objetivo concreto, es la mejor escuela para que logremos los que nos propongamos en el futuro.

A lo largo de los años, en la presentación de estas becas, suelo hablarles de virtudes que sirven tanto al progreso de la ciencia como al éxito de las empresas. Todos los años, algunos de los presentes en este acto suelen ser empleados del Banco Santander y acostumbro a decir a los becarios que pueden tomar ejemplo de ellos. Desde luego, pueden hablar con mucha autoridad sobre persistencia y su papel en el cumplimiento de los objetivos.

Ahora no creo que les sorprenda si les explico que Marcelino y María eran el bisabuelo y la abuela de Don Emilio Botín, el creador de este programa de becas. Seguramente de su historia familiar aprendió a ver lo que otros no ven y el valor de la constancia. Ciertamente él fue muy consciente del valor de la educación superior y de que un proyecto como este no puede ser una apuesta publicitaria sino un esfuerzo sostenido en el tiempo. Esa sagacidad y esa constancia es la herencia con la que impregnó su organización; eso es lo que pueden contarles estos señores con corbata, preferentemente roja, que hay por aquí. Eso es lo que le permitió convertir un pequeño banco de una pequeña ciudad española, la trigésimoséptima en población, no solo en el primer banco español, sino en uno de los primeros del mundo.

Quiero pensar que esas virtudes también adornan a esta universidad y que son las que nos permiten, en una ciudad que es la cuadragésimo quinta española en población, acercarnos a nuestro octavo centenario con una alta valoración de nuestro trabajo y del brazo de socios tan destacados.

Fijen su vista en esta Universidad tan antigua y tan actual. Sigán unidos a nosotros, inscribanse en nuestra asociación ALUMNI-USAL de antiguos estudiantes, formen parte de esa gran sociedad de apoyo mutuo y lleven así con orgullo por el mundo el nombre de su Universidad de Salamanca.